

4942

# REPUBLICA DE CHILE



## DIARIO DE SESIONES DEL SENADO

PUBLICACION OFICIAL.

LEGISLATURA 312ª, EXTRAORDINARIA.

Sesión 57ª, en martes 20 de abril de 1971.

Especial.

(De 12.34 a 13.7).

PRESIDENCIA DEL SEÑOR PATRICIO AYLWIN AZOCAR, PRESIDENTE.

SECRETARIO, EL SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO.

---

### INDICE.

*Versión taquigráfica.*

	Pág.
I. ASISTENCIA .....	3008
II. APERTURA DE LA SESION .....	3008
III. ORDEN DEL DIA	
Recepción a Senadores colombianos .....	3008



## VERSION TAQUIGRAFICA.

## I. ASISTENCIA.

Asistieron los señores:

- Acuña Rosas, Américo;
- Aguirre Doolan, Humberto;
- Aylwin Azócar, Patricio;
- Baltra Cortés, Alberto;
- Bossay Leiva, Luis;
- Bulnes Sanfuentes, Francisco;
- Campusano Chávez, Julieta;
- Carmona Peralta, Juan de Dios;
- Contreras Tapia, Víctor;
- Chadwick Valdés, Tomás;
- Durán Neumann, Julio;
- Foncea, Aedo, José;
- Gumucio Vives, Rafael Agustín;
- Hamilton Depassier, Juan;
- Lorca Valencia, Alfredo;
- Luengo Escalona, Luis Fernando;
- Miranda Ramírez, Hugo;
- Montes, Moraga, Jorge;
- Morales Adriasola, Raúl;
- Musalem Saffie, José;
- Noemi Huerta, Alejandro;
- Ochagavía Valdés, Fernando;
- Olgún Zapata, Osvaldo;
- Pablo Elorza, Tomás;
- Palma Vicuña, Ignacio;
- Papic Ramos, Luis;
- Reyes Vicuña, Tomás;
- Rodríguez Arenas, Aniceto;
- Silva Ulloa, Ramón;
- Sule Candia, Anselmo;
- Tarud Siwady, Rafael;
- Valente Rossi, Luis, y
- Valenzuela Sáez, Ricardo.

Concurrió, además, el señor Ministro de Minería, don Orlando Cantuarias Zepeda.

Actuó de Secretario, el señor Pelagio Figueroa Toro, y de Prosecretario, el señor Daniel Egas Matamala.

## II. APERTURA DE LA SESION.

—Se abrió la sesión a las 12.34, en presencia de 26 señores Senadores.

El señor AYLWIN (Presidente). —  
En el nombre de Dios, se abre la sesión.

## III. ORDEN DEL DIA.

## RECEPCION A SENADORES COLOMBIANOS

El señor AYLWIN (Presidente).—El Senado de Chile acoge con su más cordial bienvenida a la ilustre Delegación del Senado de Colombia encabezada por el señor Presidente de esa Alta Corporación, Honorable Senador Eduardo Abuchaibe.

Esta visita es una nueva oportunidad para que, por nuestro intermedio, Colombia y Chile dialoguen e intercambien experiencias.

Las relaciones entre nuestros países, fundadas en el respeto mutuo y en el principio de no intervención, son ejemplo de convivencia entre Estados soberanos. A través de continuos contactos desde los comienzos de su vida independiente se han ido creando lazos, cada vez más sólidos y jamás empañados, de franca amistad. Estamos construyendo así una solidaridad efectiva que no se basa en meras palabras, sino en el hecho concreto de los intereses permanentes que nos unen y de nuestro común destino histórico.

La puesta en marcha del Pacto Andino, cuyo nacimiento se originó en un trascendental encuentro de los Jefes de Estado de Colombia, Chile y Venezuela, constituye un paso decisivo en este auspicioso proceso. Ese acuerdo, que nuestro Congreso Nacional ratificó en forma casi unánime, tuvo la virtud de asociar no sólo a nuestras dos naciones, sino también a Bolivia, Ecuador y Perú. El hecho de que tanto en Colombia como en Chile nuevos Gobiernos hayan sucedido a los que negociaron ese Pacto no ha modificado en un ápice la firme voluntad de ambas naciones de continuar trabajando dentro de él. Esta es una prueba de la validez permanente de sus fundamentos,



más allá de cualquier contingencia circunstancial.

El ideal bolivariano, quimera en los albores de nuestras patrias, va siendo justificado con el paso del tiempo, aun para las mentes más escépticas. Los pueblos de América Latina toman progresiva conciencia de la necesidad de su integración como un imperativo vital.

Los avances de la ciencia y de la técnica, junto con empequeñecer al mundo, abren paso a la era de los continentes. Hace apenas diez años, cerca de doce horas de vuelo separaban a Chile de Colombia. Vosotros, colegas, ocupásteis anteayer sólo cinco para llegar desde Bogotá a Santiago. Con certeza, pronto bastarán tres para hacer el mismo viaje. Y este progreso, que nos acerca vertiginosamente, crea una nueva realidad geográfica e histórica, en donde las fronteras pierden significación, los viejos nacionalismos se tornan provincialismos y los pueblos se identifican en la comunidad de sus problemas que exigen muchas veces soluciones también comunes.

Así lo han entendido nuestros dos países, no sólo al impulsar el Pacto Andino, sino también en su actitud frente a la integración general de América Latina y en su visión respecto de nuestras relaciones con Estados Unidos.

Chile y Colombia han sido actores decididos y entusiastas del empeño, expresado en la CECLA, de que nuestros pueblos hablen a la gran nación del Norte como un solo cuerpo en todas las materias esenciales para su desarrollo y que los afectan por igual. Por primera vez en la historia del continente, y a pesar de la duda y vacilación de muchos, que Colombia y Chile jamás compartieron, la palabra de América Latina fue presentada al Gobierno norteamericano a través de una sola voz, de la que sirvió de intérprete el Canciller chileno. Fue el primer paso, tal vez el más difícil, en un camino que abre nuevas y promisorias perspectivas a las relaciones entre los Estados Unidos de Nor-

teamérica y los hasta ahora desunidos Estados de América Latina.

Un verdadero desgarramiento sacude en nuestros días, en mayor o menor grado, a todos los pueblos de la Tierra. La humanidad vive una crisis profunda que se expresa en el contraste entre la capacidad del hombre para conquistar el espacio y dominar las fuerzas de la naturaleza física, y su incapacidad para conquistar su propia liberación y derrotar a la injusticia, la tiranía y el mal. El mundo de la abundancia y el de la miseria generan sus propias rebeldías, que se confunden en el común anhelo del hombre de sacudir las cadenas que lo oprimen y lograr una vida que merezca el nombre de "humana". Los jóvenes, sobre todo, son hondamente afectados por la hipocresía de un mundo en que las bellas palabras no se compadecen con los crudos hechos. De ahí sus reacciones vehementes, que van desde la entrega generosa, y a veces heroica, a un ideal, hasta el desconcertante abandono a una vida sin metas o a la deserción en las drogas.

América Latina no escapa a esta crisis. Sus 250 millones de habitantes, en su mayoría menores de veinte años, enfrentan la vida en medio de un mundo al que eufemísticamente llamamos "subdesarrollado", en el que abundan la miseria, con su cortejo de hambre, desnutrición, enfermedades, viviendas insalubres y analfabetismo, y en el cual escasean las posibilidades de trabajo y las esperanzas efectivas de una vida digna.

Sin embargo, nuestro continente es rico y dispone de recursos naturales capaces de satisfacer las necesidades de una existencia civilizada para toda su población, y mucho más.

Las explicaciones son variadas: falta de capitales y de tecnología moderna, explotación oligárquica e imperialista, pequeñez de los mercados, incapacidad de los Gobiernos, etcétera. Sería demasiado simple atribuir nuestros males a una sola causa, y gastaríamos muchísimo tiempo si



nos pudiéramos a discutir cuál es la principal. Lo cierto es que el fenómeno existe: en nuestra América hay miseria e injusticia; las estructuras económicas tradicionales no son capaces de cumplir las exigencias de nuestro desarrollo; los pueblos tienen derecho a una vida verdaderamente humana, y nosotros, elegidos por ellos para representarlos, tenemos el deber de buscar las soluciones con inteligencia, audacia y coraje.

Como dijo un chileno ilustre en Bogotá, "nuestro trabajo, nuestros anhelos y nuestra acción no tienen significado sino en la medida en que interpreten el pensamiento y las aspiraciones de los pueblos que representamos."

Colombianos y chilenos, cada cual a su manera, estamos tratando de cumplir esta tarea de encontrar el camino que conduzca al bienestar de nuestros pueblos.

En vuestra visita tendréis ocasión, señor Presidente y señores Senadores, de ver algo de lo que Chile ha hecho y está ahora haciendo en esta búsqueda. Desde hace algunos años estamos viviendo un proceso de cambios que, ayer bajo un signo, hoy bajo otro, ayer en una etapa, hoy en la siguiente, busca fundamentalmente para los chilenos obtener el pleno dominio y control de nuestras riquezas básicas, desarrollar planificadamente nuestra economía para que sirva las necesidades de las grandes mayorías, poner la educación al alcance efectivo de todos e impulsar la más amplia participación del pueblo organizado en todos los aspectos de la vida política, económica y social de la nación.

Podréis también apreciar que hay, entre los chilenos, diversas maneras de concebir y de aquilatar este proceso revolucionario, y que él suscita encontradas opiniones. Llevamos en la sangre el hábito imborrable de decir en alta voz lo que pensamos, garantizado como derecho inherente a la dignidad humana mediante preceptos jurídicos que todos aceptamos y todos hemos jurado respetar. Así sur-

ge y se desarrolla, desde las bases mismas del pueblo, el diálogo democrático que culmina en esta casa, donde Senadores y Diputados, libremente elegidos por el pueblo, procuramos interpretar sus anhelos y construir el bien de Chile, cada cual del modo que su conciencia le dicte.

Como parlamentarios que sois, miembros de diversos partidos políticos y representantes de distintas tendencias ideológicas, sabéis que este diálogo plural, siempre movido, generalmente apasionante y en ocasiones dramático, forma parte substancial de la democracia y constituye la herramienta más eficaz para descubrir frente a cada problema las mejores soluciones.

A pesar de todos sus defectos y limitaciones, que es preciso corregir, el Parlamento generado por el voto libre, secreto y periódico del pueblo, en el que se reflejan proporcionalmente todas las corrientes de opinión, sigue siendo el mejor baluarte de la democracia, porque el debate racional mata en su raíz cualquier afán de hegemonía totalitaria y porque la convivencia entre adversarios es escuela de tolerancia y respeto mutuo. Hombres de encontradas posiciones aprendemos aquí a someter nuestras pasiones al dictado de la razón y aprendemos, también, a conocernos, respetarnos y apreciarnos, a pesar de nuestras diferencias.

Señor Presidente, señores Senadores de Colombia:

Vuestros colegas de Chile os recibimos con franqueza y sencillez fraternales. Nos sentimos todos profundamente complacidos de vuestra presencia entre nosotros y de la oportunidad que ella nos brinda para intercambiar nuestras vivencias con las vuestras. Esperamos que ello sirva para el mayor acercamiento entre Colombia y Chile, para ayudarnos recíprocamente en la tarea de encontrar los caminos que nuestros pueblos reclaman para realizar sus anhelos de bienestar, justicia y libertad, y para avanzar nue-



vos pasos en la conquista del ideal bolivariano de una América unida.

He dicho.

—*Aplausos en la Sala.*

El señor EDUARDO ABUCHAIBE (Presidente accidental del Senado de Colombia).—Excelentísimo señor Presidente del Senado de Chile, doctor Patricio Aylwin, Honorables Senadores:

Es mi primer deber brindar la totalidad de nuestro emocionado reconocimiento a esta Corporación ilustre por la amable invitación que se nos ha hecho de visitar a Chile, de reencontrar nuestros Parlamentos y de renovar, en la actualidad de un mundo que se convulsiona, viejos vínculos calificados acertadamente, hace unos instantes, de fraternales.

Aceptamos con entusiasmo la posibilidad de visitar este país, por razones que ligeramente ampliaré dentro de unos instantes y porque siempre es y será feliz la oportunidad de que los legítimos representantes de los pueblos de América, a través de la fórmula del diálogo, al través del intercambio de ideas, de la confrontación de posiciones encontradas, elaboren los caminos del mejor estar que desde siglos de esclavitud está esperando la comunidad de nuestros pueblos.

Y también, señor Presidente y Honorables Senadores, deseo poner énfasis en esta oportunidad precisa que se nos ha brindado a quienes hacemos de personeros del pueblo colombiano en el recinto del Senado de Chile. Sabemos lo que ha significado esta sesión especial; sabemos que, como un símbolo de los nuevos tiempos, esta Corporación tuvo a bien romper gentil, deliberada y serenamente, una tradición, para recibirnos en su seno amable y generoso, cálido y fraternal, y así dar ocasión al Presidente accidental del Senado de Colombia de tener ubicación al lado del señor Presidente del Senado de Chile, y a nuestros Senadores, de sentarse junto a los Senadores chilenos. Es éste el gesto que deseo destacar y agradecer

profundamente. A diferencia del formalismo, que muchas veces impide la comunicabilidad humana, este simbolismo, que permite a los representantes de los pueblos sentirse más cerca, nos merece el más entusiasta de los elogios y nos compromete aún más de lo que estábamos comprometidos antes para con ustedes, porque la generosidad, la amplitud del gesto, como nobleza obliga y con nobleza se paga, señor Presidente.

Habéis hecho un importante discurso; os habéis referido, señor Presidente, a una serie de intentos concatenados para tratar de unificar nuestras Repúblicas y nuestros pueblos. Ellos han tenido objetivación dentro de los canales que, a nivel de Gobiernos, a nivel de trato diplomático, tanto el Gobierno de Chile como el de Colombia han estructurado, con la debida ratificación y el respaldo de nuestros Congresos y pueblos. Pero nos hemos encontrado con que no solamente por los fríos canales de la democracia, de la diplomacia, de los contactos obligados de los Gobiernos a ese nivel diplomático a que aludía, sino que también por la relación fraterna de los canales parlamentarios, culturales y educacionales, se puede identificar a dos pueblos que nos decimos hermanos.

Cuando el ex Presidente del Senado de Chile, señor Tomás Pablo Elorza, visitó nuestro país, en un almuerzo con el señor Presidente de la República de Colombia, doctor Misael Pastrana Borrero, nació una idea: la de vincularnos un poco más a este nivel cálido, fraternal, humano, a nivel de Congresos, de representantes de pueblos; a nivel de gente disímil por sus ideas pero unificados todos en la búsqueda de inaplazables soluciones; porque cada uno, dentro de nuestros Congresos, desempeña una función nacionalista, sea apoyando al Ejecutivo, a la modalidad del Gobierno de turno, sea haciendo una tenaz oposición, porque son tan necesarios el apoyo a un Gobierno como la oposición



marcada, dentro de regímenes ampliamente democráticos, dentro de la vivencia y de la modalidad de América Latina.

La realización de esa idea tiene inicio con nuestra visita; esperamos que se pueda fortalecer con la vuestra y que ese intercambio produzca verdaderos frutos para nuestros pueblos, los de Colombia y de Chile, que son una pequeña fracción del gran pueblo latinoamericano. Y bien se ha dicho aquí que las causas negativas que nos esclavizan han sido comunes en el ámbito de la historia, siguen siendo comunes, y tenemos la obligación de enfrentarlas y de destruirlas como tales.

La subdivisión de nuestros pueblos en países puede ser explicada política y administrativamente; pero no se explicaría el que continuáramos hoy, en este siglo de las inquietudes sociales, divididos en forma artificiosa, al través de esas reglas político-administrativas. Y tanto en el Pacto Andino como dentro de esta serie de visitas, podemos encontrar una oportunidad de mejores luces para ambos, sea en el campo de la democracia chilena, sea en el de la democracia colombiana.

Queremos dejar muy en claro que nuestra visita no obedece a la esencia del actual momento que vive la República de Chile. No hemos venido aquí con el ánimo de tratar de aprender una lección distinta, una lección absoluta de lo que aquí ocurre por determinación soberana del pueblo chileno, en principio, y por esa admirable lección de institucionalidad democrática que tuvo a bien configurar su Congreso en un momento dado. Nosotros hemos venido aquí animados por el básico, crucial deseo de poder identificar nuestros factores negativos populares con los de este hermano país. Tenemos la conciencia, en Colombia, de que todos los males sociales que aquejan a nuestros pueblos: el analfabetismo, la falta de ocupación, la carencia de techo, la falta de higiene, los presupuestos deficitarios, la devaluación de la moneda, algunas veces galopante; todo ese espectro de circuns-

tancias sociales que nos empujan, a los Parlamentarios, a los representantes populares, y obligan a los Gobiernos, tiene, en Latinoamérica, una causa básica inicial y común. Y creemos que lo que se pueda hacer en Chile por aliviarlo, en cuanto se den las mismas causas, ha de producir generalmente, en nuestro país, los mismos efectos, o parecidos.

Por eso que deseamos conversar con ustedes y mirar sus instituciones, ajenos al momento político-administrativo que vive este país, ajeno a la elección del Presidente Allende. Para nosotros, lo importante es saber cómo Chile está tratando de dar solución a sus problemas básicos, que lo son desde el nacimiento de nuestra independencia. Y también, expresar nuestro deseo de que, dentro de la oportunidad que ustedes pudieran tener, aprecien en nuestro país ese mismo esfuerzo.

La elección del Presidente de la República, señor Allende, es, indudablemente, un gesto más de la legítima voluntad del pueblo chileno. Y —repito— la admirable ratificación que ella tuvo por el Congreso Nacional sólo merece el respeto y la admiración de América. Y Colombia no es inferior a ese respeto.

Nosotros anhelamos profundamente la unidad de Latinoamérica. Queremos hablar el mismo lenguaje; queremos identificarnos en las ayudas; queremos identificarnos en la ruptura de cadenas. No porque hoy represente, por generosidad de mis colegas del Congreso colombiano, la majestad de la institución parlamentaria de mi país; no porque esté ante Sus Señorías ni ante esta respetable Corporación, sino porque es un convencimiento de demócrata, pienso que la solución está en nosotros, en los representantes populares. Porque hay una identidad profunda entre el elector y el elegido, a término fijo. Si sumamos la totalidad de los Senadores, vemos cómo, de célula en célula, vive aquí el pueblo chileno en su mejor representación. Porque aquí como en Colombia, es



la voluntad popular, legítimamente manifestada, la que decide; porque aquí como en Colombia, no es sólo la voluntad de las bayonetas, sino el arma de la papeleta popular la que determina la voluntad de un pueblo. Porque en Latinoamérica, lamentablemente, son pocas las instituciones parlamentarias que sobreviven, nos corresponde, por la misma razón, hacer la defensa del derecho que tienen nuestros pueblos para que los gobiernen a través del diálogo, de los debates, de las contraposiciones, de la constitucionalidad y de una legislatura legítima.

Comprendo, Honorables Senadores y señor Presidente, que esto, que ha debido ser un saludo protocolar, se ha desbordado por algunas consideraciones que no podíamos dejar de hacer. En mi caso, era un deber, porque en Colombia también tenemos problemas. En efecto, en nuestro país, la gente trata de obtener respuesta adecuada al reto que la historia y nuestro pueblo nos hacen a los dirigentes parlamentarios, al Gobierno, al país. Porque estamos saliendo de un régimen de transición, de un armisticio acordado, del régimen de Frente Nacional.

Hemos creado una institución única, sui generis, como la "alternación de los partidos en el Poder", que suena a anti-democrática, y la paridad en los cargos públicos. Pero eso fue un precio democrático que pagamos los colombianos, para que existiera la paz política. Hoy, después de los años, vamos a salir de ese compromiso de los partidos. Pero ciertamente, para mí es una obligación decirlo: si esa medida, si ese pacto nos dio la estabilidad y la paz política, lo cierto es que hoy persiste la inestabilidad social. Y an-

damos en la búsqueda de esas soluciones, que nosotros las queremos a la colombiana, porque también nos sentimos capaces de pagar cualquier otro precio para tratar de dar a nuestro pueblo la respuesta que él noblemente necesita.

Sé, por la misma razón, que en Chile también existe esa inquietud; que este país ha saltado de un Gobierno de cierta orientación política a otro de otro cierto tipo. No nos corresponde a los Senadores colombianos, ni mucho menos a mí, incurrir en la calificación de esa actitud. La respetamos profundamente dentro de la política de autodeterminación de los pueblos. Pero sí, señor Presidente, en este momento, antes de finalizar este improvisado discurso, deseamos al pueblo chileno buen viento, buena mar y puerto seguro en sus anhelos de un mejor futuro.

Quedamos sinceramente reconocidos por la invitación y por el gesto de recibirnos en el Senado, que ha sido amablemente enmarcado por la maravillosa pieza oratoria con que Su Señoría se dignó acogernos.

Muchas gracias.

—*Aplausos.*

El señor FIGUEROA (Secretario).— Ha llegado a la Mesa una indicación para publicar in extenso los dos discursos pronunciados en esta sesión.

—*Se aprueba.*

El señor AYLWIN (Presidente).— Se levanta la sesión.

—*Se levantó a las 13.7.*

*Dr. Raúl Valenzuela García,*  
Jefe de la Redacción.